

La guerra es la solución que el capitalismo dá al paro forzoso. ¡Compañeros, contra el capitalismo y contra la guerra!

España y sus problemas

La memoria del pueblo es frágil y la historia existe para darnos lo poco que se aprende en ella y la relativa esterilidad de la experiencia.

Se suceden los gobiernos, se modifican los ministerios, se decretan leyes y antileyes, constituciones y anticonstituciones; se quita a Pedro para poner a Pablo y luego se vuelve a quitar a Pablo para poner a Pedro. El menor cambio de decorado vale para estimular la eterna fe ingenua del pueblo. ¡Qué alegría en ocasión de la implantación de la república! ¡Qué fe en los nuevos padres de la patria! Nosotros hemos visto enseguida que el cambio era un espejismo, que la nueva realidad se parecía en su esencia a la vieja como un huevo a otro huevo. ¡Pero quién se atrevía un 14 de abril a desear la coherencia!

Bastó apenas un par de años para que la borrachera republicana se desvaneciese y para que las gentes abriesen un poco los ojos; el malestar ha seguido su curso ascendente, la desocupación ha progresado sin cesar, el hambre ha seguido haciendo sus estragos mancomunados. Se busca otra salida. Y lo mismo que frente a la monarquía no se hizo otra cosa que una constitución, una ley de orden público y otras bellezas por el estilo, frente a la gastada república del 14 de abril no se tiene otro programa: nueva constitución, nuevas antileyes. Resumamos en el viejo vicio español y mundial: casar los conservadores de Maurea y suben los liberales de Romanones, caen los liberales y suben los conservadores.

¿Es que ese círculo vicioso no ha de tener solución de continuidad? ¿Es que los pueblos no han de aprender jamás a vivir su propia vida y a ser dueños de sus destinos?

Lo mismo que Juan Pablo era la víctima propiciatoria de conservadores y de liberales, sigue siendo con republicanos de izquierda y de derecha el que paga los vidrios rotos. La «Quetas» puede decir lo que quiera: salir vestida de rojo o de negro; el que trabaja no ve el fruto de su esfuerzo, y el que se halla en paro forzoso ha de comprobar cómo se le escapa la vida y cómo se funde en la abyección y en la ruina.

Más de media España no come todos los días, y buena parte de la que come no lo hace en la proporción debida para asegurar la vitalidad y la energía. La desnutrición fisiológica es casi general, y un pueblo activo, dinámico, emprendedor, como éste, apenas conserva fuerzas para tenerse en pie y contemplar el espectáculo de su propio entierro. ¡Por qué España es un país que salta a su entierro!

Y todo porque en lugar de conocer los verdaderos problemas de la vida española y atacarlos con valentía, los más astutos se dedican a pronunciar discursos en el parlamento sobre esto y aquello y los más torpes esperan de esos discursos el milagro bíblico de la multiplicación de los panes y los peces. Aún conservamos una mentalidad prehistórica, todavía creemos en los profetas, en los hombres, providencia, en los videntes caídos del cielo.

España necesita multiplicar su riqueza, ensanchar la superficie de cultivo, construir pantanos de riego y acedías, canalizar sus ríos y hacerlos navegables, construir carreteras y ferrocarriles, levantar fábricas; edificar viviendas humanas, abonar la tierra, construir minas eléctricas, maquinarias; destilar carbones, lignitos, y pizarras bituminosas; repoblar sus bosques, multiplicar sus espumas; sus hospitales y sanatorios, mercenar la ganadería, etc., etc. Y esos problemas no se resuelven desde el parlamento o desde la «Quetas»; sino con pico y pala, con arados y máquinas, con trabajo manual y con dedicación técnica. Para resolver los problemas de España hay que sudar tras de la esteva o el volante o junto a las máquinas. En cambio todo está dispuesto, arriba y abajo, para encargar las tareas apremiantes de la reconstrucción con el mismo espíritu del pueblo de Moisés. Todo se espera de las palabras, de las declaraciones ministeriales, de los decretos o de algún golpe de varita mágica. ¡Es muy triste, pero es así!

Por eso cambian las figuras del retablo y Maese Pedro sigue tirando de los hilos, hasta que Don Quijote, el espíritu de la justicia, deshecha el andamio a golpes.

El pueblo no se resuelve alguna vez a ser dueño de sí mismo y hacer con sus propias manos lo que esperan vanamente desde hace siglos que realicen sus amos, el ojo del dolor y de la miseria no terminará y cuanto más cambie el decorado más seguirán las cosas como estaban. ¡No llegará a los pueblos nunca la visión y la comprensión

Ruido de armas

Sin cerrar las heridas de 1914-1918, los Estados modernos se precipitan en una nueva hecatombe

Ni la Sociedad de las Naciones, en la que algunos espíritus ingenuos han creído hallar un instrumento susceptible de afianzar la paz, ni la ruina económica del mundo han puesto la menor traba al armamentismo intensificado después de la gran guerra. Hay Estados que consagran del 70 al 80 por ciento de sus ingresos fiscales sistemáticamente a pagar las

deudas de sus guerras pasadas y a preparar las batallas futuras. Y contra ese hecho permanente poco valor podían tener los mentideros diplomáticos internacionales, de Ginebra, de Washington, de Londres, de Locarno, de Stresa.

No somos nosotros los que tenemos que confesar ahora una decepción; lo hemos previsto todo; hemos



El sistema capitalista es el generador de la miseria y la guerra. Nadie escapa a las ruinas deudas de todo ese engranaje monstruoso. Solo la acción revolucionaria del proletariado consentido puede acabar con tanta injusticia

dicho siempre que la función crea el órgano, que el militarismo y la gran industria de los armamentos, acompañados de las ideologías nacionalistas, conducían fatalmente a la guerra.

El conflicto italo-etíope, que se presenta inevitable, a cara descubierta, sin tapujos, puede ser ya la nueva guerra mundial; las constataciones diplomáticas que se diseñan de la noche a la mañana van indicando lo complicado de la madeja. Nadie esperaba un frente de acción común tan rápido entre Rusia y Francia; nadie sospechaba un acercamiento tan veloz entre Inglaterra y Alemania. Siguen en calidad de incógnitas Japón y Estados Unidos, incógnitas que también se irán despejando; lo seguro es que no habrá Estados neutrales; todos entrarán en la contienda y todos llevarán a sus pueblos respectivos al matadero.

¡Que importa que la guerra, por alguna presión mayor, sea evitada eventualmente ahora? El peligro queda latente y el conflicto estallará en cualquier otro instante. Se está al borde del abismo, se han evocado los malos espíritus, como en la obra de

Goethe, y el capitalismo y el Estado no disponen de la fórmula para reducirlos. Aunque todos los hombres de Estado comprenden la magnitud de la catástrofe que se avecina y todos temen sus consecuencias, todos arrojan leña al fuego y la hoguera de la conflagración no puede tardar en encenderse.

¿Qué hacen los pueblos? ¿Qué hacen los partidos supuestamente antiguerreros? ¿Qué hacen los trabajadores que no tienen ningún interés que defender en los campos de batalla, que no tienen ningún agravio que vengar en los trabajadores del otro lado de las fronteras?

Es triste, pero es así: a) Los pueblos, educados en la servidumbre, no se sienten con voluntad ni con energía para desobedecer.

b) Los partidos socialistas y comunistas que hablan de dar el ejemplo y mostrar prácticamente el camino, se han incorporado a los Estados beligerantes y han abrazado la causa nacional de los privilegiados; comunistas y socialistas lucharán en la próxima guerra al lado de sus ene-

migos en la unión sagrada de todos los partidos nacionalistas.

c) Los trabajadores, desorientados por la conducta de sus malos pastores, por la deserción de aquellos en quienes creían, parecen resignarse a la tragedia y marchar pasivamente a las órdenes de los estados mayores.

Frente a la guerra y a la preparación de guerra quedamos solamente los anarquistas. Tal vez no logremos salvar ya al mundo de la ruina final en que perecerán millones y millones de seres humanos y en que se destruirán las mejores obras de la civilización y los más altos valores de la cultura; tal vez no lo logremos ya, porque el morbo guerrillero lo está invadiendo todo, pero podemos proclamar de antemano que permaneceremos en nuestro puesto, únicos internacionalistas, calificando la guerra de fratricidio y apelando al ideal de la solidaridad de todos los pueblos y de todas las razas.

Los anarquistas cumpliremos con nuestro deber y no seremos cómplices de la espantosa carnicería que viene.

La época del recaudador

Cajiz, desvalijado en nombre de la Ley

No ha mucho tuvo lugar en el pueblito malagueño de Cajiz un embargo típico. Típico en ferocidad recaudatoria, en bellaquería espiritual, en crueldad...

Un abogado, don Joaquín Ballesteros, se presentó cierto día en la localidad con varias parejas de la guardia civil y un camión de guardias en asalto. Su misión era de embargar a los deudores del Ayuntamiento.

El abogado por sí solo verificó en Cajiz algo parecido al desastre de Annual. Las casas fueron saqueadas después de violentar las puertas. Ropas y muebles fueron separados por el dueño a la busca de dinero. Los vecinos habían huido al monte, creyendo que los iban a fusilar.

Entre otros casos, hubo los siguientes embargos:

A Antonio Ortega Abogalía, le embargaron una cabra con la que criaba a un hijo suyo de pocos meses.

A Eugenio Pórtigo, le arrebataron las vestiduras de la cofradía del Niño Jesús, de la que es hermano mayor y que guardaba en depósito.

A Manuel Campos Marín, de 78 años, paralítico, le quitaron un berricho del que se servía para trasladarse de un punto a otro.

A María Serrano, que se alimentaba con huevos de esa gallina que tenía en el corral, se le privó de dichas aves y ha tenido que ingresar en el Hospital de Málaga.

A Federico Pérez, le quitaron el arado y un pollino.

A José Romá Rodríguez, zapatero, le meslió de trabajo y las herramientas.

A los cajiceños, nadie, sin duda, ha ido a enseñar a leer y escribir. Mas hay que ver con qué presteza han ido a desvalijarlos.

Y nadie toma esto como invención nuestra; desgraciadamente ha sido auténtico, y el gobernador civil del que sabemos estos datos, interviene en el asunto para depurar, dice, las responsabilidades contraídas por el abogado embargador, que realizó una hazaña de las que nos dan carácter ante el mundo.

Quedará todo en agua de borrajas como estaba. Mejor dicho, peor. Pues el Antonio Ortega se quedará sin cabra, el Pórtigo, sin las vestiduras con las que se adornaba para el carnaval de la procesión, el viejo paralítico habrá de morir de aseo en un rincón a falta del berricho con que recorría el lugar para entretener el hambre, la María Serrano se quedará sin sus gallinas que alguna vez le había salvado, el Federico Pérez, sin pollino y sin arado, y el zapatero sin herramientas ni trapío.

En España vivimos, aunque muchos ilustrados lo niegan, la época del recaudador. Que lo digan, sino los vecinos de Cajiz.